

Saúl, como hemos dicho, organizó algo que hasta entonces no había existido: el ejército israelita. Pero generalmente, en la historia, al hombre se le castiga por lo bueno y se le recompensa por lo malo. El espíritu de Saúl, benévolo para todo hombre de mérito, había de ensalzar forzosamente al que tenía que destruir al rey y a su familia. El destino de muchos que han trabajado en una labor consiste en verla pasar a otras manos capaces de darle feliz término: y ver que sin ellos se prosigue mejor su empresa. La historia es todo lo contrario de la virtud recompensada. La familia del verdadero fundador de la fuerza de Israel acabó exterminada para siempre. El *condottiere* sin escrúpulos que ocupó su lugar fue David, el rey «según el corazón de Dios», el supuesto abuelo de Jesús, el coronado con todas las aureolas por la opinión del mundo. Tal es la justicia de Jehová: el mundo es siempre de aquellos que le agradan.

En una de las batallas contra los filisteos, se destacó un belemita llamado Daud o David, hijo de Isai. Admiróse en un combate el heroísmo de un tal Eleazar que casi solo detuvo a los filisteos vencedores. A su lado se batió con rabia sin cesar David. Pronto aumentó la reputación del joven guerrero. Era valiente, osado, diestro, y como los benjaminitas, excelente hondero. Pero lo más extraordinario eran sus dotes civiles y sociales. En ocasiones surge de ese Oriente semítico, generalmente duro y malhumorado, algún prodigio de gracia, elegancia e ingenio. David fue uno de ellos. Capaz de los mayores crímenes, cuando lo exigían las circunstancias, también era capaz de los sentimientos más delicados. Sabía hacerse popular y simpático a todo el que le trataba. Su físico se diferenciaba de las caras atezadas de sus compatriotas de tribu. Tenía la tez rosada, facciones finas y amables, palabra suave y fácil. Antiguos textos dicen que era hábil arpista y poeta experto.

Parecía que había nacido para triunfar. Fue el primer hombre de Judá que alcanzó fama, y en cierto modo le fueron provechosos los esfuerzos

anónimos que le habían precedido. Circunstancia que honra a Jonatás es el gran afecto que le inspiró este joven, desconocido hasta entonces, tan valiente y entendido como él, y que había de ser funesto para su familia. Le dio trajes y armas, y ambos jóvenes se juraron amistad perpetua.

David pronto llevó a cabo expediciones que le habían sido encargadas. Se le quería mucho en todo Benjamín. Al regresar de una campaña en la cual había acompañado a Saúl, las mujeres de los pueblos que cruzaban salían al encuentro de los vencedores, agitando sistros, cantando coros, y el estribillo de quel día fue:

«Si Saúl ha matado mil,
David ha matado a diez mil.»

Debido a su carácter, Saúl se sentía envidioso, y la verdad era que en aquel caso le sobraban motivos. Hay hombres a quienes se adelanta la popularidad, sin que ellos la busquen, a quienes la opinión coge de la mano, digámoslo así, a quienes ordena crímenes con arreglo al programa que les impone. Así fueron Bonaparte y David. El criminal, en tal caso, es esencialmente la masa, verdadera lady Macbeth que, en cuanto elige su favorito, lo embriaga con la frase mágica: «Serás rey.» El mismo Jonatás, con modestia exquisita, se inclinaba delante de David. Éste no realizó directamente actos de pretendiente, pero se consideraba como un heredero designado para cuando muriera el rey. La situación entre Saúl y David cada día era más falsa.

En una de las partes de la biografía de David que menos crédito merecen, se dice que Saúl trató una o dos veces de atravesarlo con su lanza. Lo cierto es que el desventurado rey se atormentaba interiormente. Procuró en lo posible alejar a David, confiándole misiones peligrosas, pero estas expediciones, de las que se contaban maravillas, hacían a David cada vez más amado del pueblo, que estaba loco por él. El pobre Saúl quizá pronunciase en su interior la frase que se le atribuye: «No le falta más que la realeza.» Si lo que se cuenta de las desavenencias entre Samuel y Saúl tiene alguna veracidad, puede decirse que el partido jehovahista, descontento de Saúl, se pasó al bando de David. Pocos datos tenemos para dar una opinión fundada. David fue lo que podría llamarse, teniendo en cuenta la diferencia de las épocas, el jefe del partido clerical. Las escuelas de profetas en Rama y los sacerdotes de Jehová en Nob, intrigaban abiertamente en su favor. El partido clerical, con ciertas exterioridades, siempre ha tenido el don de poner nerviosos a sus enemigos. Se concibe que todas estas impertinencias, aumentadas por la quisquillosidad excesiva de Saúl, actuaran sobre su imaginación débil y enferma y sus nervios excitados.

Haciendo ver que compartía el entusiasmo de las masas, pero en realidad intentando perder a su rival metiéndole en mayores riesgos, Saúl le casó con su hija Mikal. Pero todo se vuelve contra el envidioso. Mikal

quiso mucho al joven héroe y lo defendió contra su padre. Jonatás desbarató dos o tres veces los proyectos homicidas que se le ocurrían a Saúl. De Mikal se cuenta que, yendo unos cuantos esbirros a matar a su marido, le hizo huir por una ventana y colocó en la cama en lugar suyo el *terafim* de la casa, vistiéndolo y cubriéndolo con una manta de pelo de cabra, para engañar a los asesinos.

De este modo David tuvo que andar errante, y encontró ocasiones de ejercitar su fecundidad para la astucia. Este período de su vida estuvo lleno de aventuras que aceleraron la imaginación de los narradores, quienes se complacen en poner de relieve los servicios que Jonatás prestó al desterrado y las pruebas sufridas por la fidelidad de ambos. Muchos de aquellos episodios pudieron ser escritos según los relatos del mismo David, que probablemente contaría en su vejez ciertas proezas que sólo él sabía: por ejemplo, cómo le salvó su mujer; cómo en la caverna de Eugaddi pudo matar a Saúl, y se contentó con cortarle un pedazo del traje; cómo se escapó de casa de Akis, rey de Gath, simulándose loco, mediante un truco muy familiar a los orientales.

Anteriormente el desterrado y el bandido llevaban el mismo género de vida. David, sin asilo seguro, se ocultó en una gruta cerca de Adullam. Sus hermanos y varios parientes se unieron a él procedentes de Belén, y la caverna se convirtió pronto en una guarida de bandoleros. Todos cuantos marchaban mal en sus negocios o tenían acreedores, todos los descontentos, le eligieron jefe, y pronto estuvo al frente de un grupo de cuatrocientos hombres. Tal fue el núcleo de los *gibborim* o «fuertes de David».

Aquellos guerreros robaban para vivir; estaban en ese período de la vida épica durante el cual el héroe saquea el país que luego protegerá.

La mayoría de la familia de David que había permanecido en Belén, se encontraba en manos de Saúl, y David temía que fuera víctima de sangrientas represalias. Encontró el medio de llevarla al país de Moab, y la dejó bajo la protección de su rey. Luego volvió a su caverna de Adullam, en la cual se fortificó, pero el profeta Gad le convenció de que le convenía dejarla, pues Adullam estaba demasiado cerca de los lugares donde Saúl reinaba sobrenaturalmente. En cambio, en el centro de la tribu de Judá, apenas se reconocía su autoridad. Efectivamente, David, con sus bandidos, fue a ocultarse en la selva de Heret.

Ocurrió algo cruel que no tardó en corromper la lucha y dar motivo de atrocidades. Uno de los sitios donde tenía que centralizarse el culto era el pueblo de Nob, al Norte de Jerusalén. Había allí una tienda sagrada, quizás un comienzo de construcción con un altar donde se veían los panes ázimos, muchos objetos sagrados y un sacerdocio numeroso que cuidaba el santuario y vivía de él. David, en una expedición que por allí hizo con su gente, pidió a Ahimilik, jefe de los sacerdotes, pan para su cuadrilla. Ahimilik, que no tenía pan común, creyó poder prescindir de las reglas litúrgicas, y ofreció a David y su gente los panes sagrados, siempre que afirmaran no haber tenido comercio carnal con mujeres. David preguntó si había armas, y pidió la espada del filisteo Goliat, única arma

que allí se encontraba. Consultó Ahimilik al *efod*, y se estableció una gran simpatía entre David y los sacerdotes de Nob.

Dichos sacerdotes fueron denunciados a Saúl por el edomita Doeg, y Saúl mandó llamar a Ahimilik y a su familia. El sacerdote defendió a David con mucha moderación, pero todo fue inútil y Saúl mandó matar a los sacerdotes de Nob. Según la leyenda, murieron todos, menos Abiatar, hijo de Ahimilik, que logró escaparse y se refugió junto a David, llevando consigo el *efod*.

El oráculo de Jehová, que así pasó a ser posesión de David, le sirvió de mucho. Extendido el rumor de que los filisteos atacaban la población de Queila y saqueaban las eras, David consultó a Jehová para saber si se dirigía a Queila. La respuesta fue favorable. David emprendió la marcha, contra la opinión de sus compañeros, y obtuvo una victoria. Cometiéndole, sin embargo, una imprudencia entrando con un puñado de hombres en una población cerrada, cosa que nunca hacen los bandidos beduinos, sabiendo que pierden todas sus ventajas dentro de las poblaciones. Saúl se enteró de la torpeza y decidió apoderarse rápidamente de David. El problema, para éste, consistía en si le entregarían a Saúl las gentes de Queila. El oráculo no le dejó ninguna ilusión respecto a ello, y David se apresuró a salir de Queila con 600 hombres. Luego ganó el pico de Hakila y la parte espesa del desierto de Zif, donde vivió entre aventuras, escondiéndose en cavernas.

En aquellos lugares se hallaban las poblaciones de Zif, Carmelo y Maón. Al Oeste de éstas, el terreno es rico y fértil, pero al Este empieza el horroroso desierto de Judá. Allí fijó David el cuartel general de su gente. Saúl no podía nada contra él.

Zif y Maón fueron los auténticos centros de formación del reino de David. Cada día era más violenta la separación entre Saúl y él. El poder de Saúl residía casi exclusivamente en Benjamín. Judá, en realidad, estaba a favor de David. Sin embargo, los zifitas hicieron traición a su huésped. Fueron a Gibeá para denunciarlo a Saúl y éste marchó con bastantes fuerzas para apoderarse de él. David estaba entonces en un peñasco del desierto, cerca de Maón. Saúl le tenía ya muy apurado, cuando le informaron de un ataque de los filisteos, que le obligó a soltar la presa.

Temiendo David que Saúl, una vez derrotados los filisteos, volviera a atacarle, dejó la región de Zif y Maón, bajó hacia el Mar Muerto y se estableció en los retiros aún más inaccesibles que hay en las acrópolis de rocas sobre Engaddi, montañas que al parecer sólo son visitadas por las gamuzas. Saúl se presentó, sin embargo, en ellas con 3.000 hombres elegidos, mandados por Abner. Según cierto relato (bien inventado si no es cierto), ocultó David en una caravana, tuvo un momento a su enemigo en su poder, y se conformó con cortarle un trozo del vestido. Según otra anécdota, David encontró el medio de robarle a Saúl el cántaro de agua y la lanza. David (aparte de las consecuencias propias del bandolerismo) actuaba con moderación relativa. Se cuenta como un prodigio de cordura su conducta con un maonita llamado Nabal, hombre rico, que tenía mucho ganado en las cercanías. Como el beduino cree tener derecho a

que le paguen lo que no roba, y se considera protector de la gente a quien no saquea, la gente de David hizo observar un día a Nabal que nunca le había faltado una res, cosa que siempre es un mérito por parte de vecinos hambrientos. Nabal se mostró impertinente en la respuesta, pero su esposa Abigail lo arregló todo con su cortesía. Nabal murió a los pocos días y David se casó con Abigail. También se casó con otra mujer de por allá, que se llamaba Ahinoam. Mikal no había seguido a David en su destierro, y como en aquella época una mujer no debía carecer de marido, su padre se la había dado a uno de sus oficiales, de la tribu de Benjamín.

Entre la vida peregrina de David hay algo de más difícil justificación; es su permanencia entre los filisteos, enemigos encarnizados de su patria. Y sin embargo, es cierto, David pasó dieciséis meses con sus 600 hombres y sus dos mujeres en casa de Akis, rey de Gath. Se designó como residencia de los judaítas fugitivos el pueblo de Siklag, donde se formó una colonia israelita completa. Abiatar con su *efod* representaba el culto de Jehová en su principal aplicación, que consistía en dar consejos para el porvenir.

Una vez en Siklag, dirigió David campañas de pillaje y matanza contra los pueblos nómadas del desierto de Farán, especialmente contra los amalecitas. Aquellas poblaciones eran amigas de los filisteos y enemigas de Israel, pero temiendo David que desagradasen a los filisteos estas expediciones contra tribus amigas, tenía la precaución de matar a hombres, mujeres y niños para que nadie llevase la noticia de ellas. Volvía a Gath sin más botín que rebaños y objetos robados, y cuando Akis le preguntaba contra quién había salido a luchar, contestaba que contra poblaciones amigas de Israel, y Akis se alegraba, pues además de aprovecharse del botín, suponía que con tales hazañas se hacía David odioso a sus compatriotas, hecho que le obligaría a servirle a él perpetuamente.

Las cosas se complicaron cuando Akis comunicó a David su intención de salir contra los israelitas, y le nombró guardia de su propia persona. David respondió con evasivas diciendo que se trataba de una verdadera guerra, muy diferente de las revueltas que la habían precedido. Éstas se habían producido contra las localidades próximas a las poblaciones filisteas; aquella vez, en cambio, el ejército filisteo fue a la llanura de Jezrael, con la intención de establecerse en ella de una manera duradera, así como en Bet-Sean y valle del Jordán. David y su gente iban a retaguardia con Akis. La suerte que tanto le había servido, y a la cual además secundaba con una truhanería a toda prueba, le salvó de esta situación peligrosísima. Los jefes filisteos hicieron notar muy sensatamente a Akis que era probable que David se volviera contra él en la batalla, aprovechando la coyuntura para reconciliarse con su antiguo señor, a costa de sus nuevos aliados, y David fue despedido y volvió a Siklag en tres días.

Una gran sorpresa le esperaba allí. Aprovechando su ausencia los amalecitas habían invadido el Negeb, saqueando por igual a judaítas, calebitas y filisteos. Se habían apoderado de Siklag y lo había incendiado. Robaron cuanto pudieron y regresaron al desierto, llevándose

cautivas a las mujeres. David y sus compañeros se quedaban sin esposas e hijas. La cuadrilla se indisciplinó e incluso hablaron de apedrear a David. Éste decidió perseguir a los amalecitas, pero antes consultó el oráculo. Éste contestó favorablemente y David partió con sus 600 hombres. Doscientos se detuvieron al llegar al torrente de Basar y los otros 400 siguieron.

Un egipcio, esclavo de un amalecita, al que encontraron en el campo medio muerto de hambre, los llevó al campamento de los amalecitas, a quienes encontraron comiendo, bebiendo, bailando y celebrando el inmenso botín cogido en el país de los filisteos y en Judá. David acabó con todos ellos, salvándose únicamente los esclavos, que se apoderaron de los camellos y huyeron. Los compañeros de David recuperaron cuanto habían perdido, y David a Ahinoam y Abigail. Además cogieron magníficos rebaños.

Entonces pensaron los bandidos victoriosos que los filisteos, los judaítas y los calebitas reclamarían sus bienes y que habría que repartir por lo menos el botín de los rezagados de Besar. A la cabeza de la comitiva se gritaba: «Esto es el botín de David», para dar a entender que los que no habían tomado parte en la expedición ya no tenían derecho a su antigua propiedad, o en otros términos, que todo aquello, habiendo pasado a ser de los amalecitas, pertenecía legítimamente a los miembros del cuerpo expedicionario que les habían vencido. Cuando encontraron a los rezagados de Besar, los que habían formado la expedición no quisieron devolverles más que sus mujeres y sus hijos. David indicó que los antiguos dueños de los objetos robados habían perdido sus derechos, pero hizo admitir como principio que los que cuidaban los bagajes tendrían igual parte del botín que los que combatían. Este principio quedó establecido como regla absoluta en Israel.

David se apropió de una parte considerable, de la cual destinó algo para hacer buenos regalos a sus amigos de Judá, a los kenitas y a los joramelitas, así como a la ciudad santa de Betel. Aquella revuelta tuvo graves consecuencias. Hasta entonces, David había sido muy pobre. El botín cogido a los amalecitas le dio grandes riquezas, y como era ambicioso, no vio en ellas más que un medio de aumentar su influencia. Pronto ganó a Judá.

Algo extraordinario en su suerte fue que sus adversarios se morían siempre que a él le convenía. Saúl y Jonatás desaparecieron al mismo tiempo, cuando más podían desearlo secretamente los partidarios de David. Al conocer la incursión atrevida que hacían los filisteos por la parte de Jezrael, salió Saúl de Gibeá con su hijo, y se dirigió audazmente hacia el Norte. Ambos ejércitos se encontraron cerca de Jezrael. El estado moral de Saúl no podía ser peor. Sentía de una manera desconsoladora los efectos de su prolongado error religioso. A fuerzas de buscar a cada paso la voluntad de Jehová en las respuestas del *urim* y el *tummim* y por otros medios igualmente frívolos, era incapaz de cualquier decisión. Samuel, que mientras vivió fue su temido *nabí*, había muerto en Rama, sin dejar heredero de su autoridad espiritual.

Samuel en varias ocasiones había encontrado rivales que le disputaron el espíritu débil de Saúl. Eran los nigrománticos, los brujos y los ventríloquos. Estas infantiles ilusiones tenían mucho éxito entre las gentes simples. El habla sorda y lejana de los ventríloquos parecía venir de otro mundo y era considerada como la voz de los *refaim*, llevando bajo el suelo su triste vida. Como todos los pueblos simples dominados por toscas ilusiones, los israelitas creían en aparecidos, espíritus y voces de ultratumba. Se atribuye a ciertas personas, especialmente a mujeres, la facultad de ponerse en contacto con las sombras de los muertos y hacerlas hablar. Los nabis, cuyo arte tampoco era más serio la mayoría de las veces, estaban celosos de los autores de estos prodigios. Por esto Samuel hizo que Saúl los prohibiese. Pero la prohibición contra ciertas quimeras es la señal de que se cree en ellas y sólo sirve para que les den más importancia las personas ignorantes predisuestas a la credulidad.

Se encontraba Saúl con su ejército en la pendiente de los montes de Gelbo, casi en las antiguas posiciones de Gedeón. Los filisteos estaban acampados enfrente, en el Sunem, sobre el terreno que había de ocupar el general Kleber el 16 de abril de 1799. Saúl se sintió sobrecogido por mortales vacilaciones. Acostumbrado a obrar siguiendo los consejos de Samuel, no podía vivir sin él, y ansiaba volverlo a ver a toda costa. Oyó hablar de una maga que practicaba secretamente su arte en Eudor, muy cerca de allí, y disfrazado y acompañado por unos hombres se fue a Eudor. La bruja empezó por imaginar que se le quería tender un lazo y preguntó a Saúl a quién quería ver. El rey dijo que a Samuel.

-¿Por qué me has engañado? -dijo la maga-. Tú eres Saúl.

-No temas nada, y dime la verdad: ¿qué ves?.

Ve algo sobrenatural, un *élohim* que sube por el aire.

-¿A quién se parece?

-A un anciano cubierto con un manto.

Saúl no dudó en que fuera Samuel y le consultó sobre su situación. El narrador teócrata que escribió este relato hace hablar a Samuel de una manera que respondía a sus ideas, sobre la próxima destitución de Saúl.

A este adverso presentimiento respondieron los hechos. Los filisteos consiguieron una victoria completa. Tres hijos de Saúl, Jonatás, Malkisuá y Abinadab, cayeron. El mismo Saúl fue herido por una flecha. Temiendo los ultrajes de sus enemigos, pidió a su escudero que acabara con él. Éste no se atrevió y Saúl entonces se dio muerte arrojándose sobre la punta de su espada.

En los montes de Gilboe había numerosísimos cadáveres. Entres éstos hallaron los vencidos a Saúl y a sus tres hijos. Les cortaron la cabeza, les cogieron las armas y las expusieron en las *Astarteia* del país filisteo. Los cadáveres fueron llevados al muro de Ber-Sean, que estaba cerca. Pero las gentes de Jabes en Galaad, salvadas en otro tiempo por Saúl, fueron a recogerlos de noche. Los descolgaron del muro y los llevaron a Jabes. Allí los quemaron, sepultaron los huesos bajo unos ta-

marindos y ayunaron siete días. Después recogió David estos restos y los mandó llevar a Sela de Benjamín para enterrarlos en el sepulcro de familia de los hijos de Kis.

David, al enterarse en Siklag de la muerte de Saúl y Jonatás, hizo grandes demostraciones de dolor, prorrumpiendo, según la leyenda, en los cánticos que después se le han atribuido.